

EL HOMBRE
DE LA MÁSCARA
DE ESPEJOS

Dramatis personae

Policías

En la comisaría de Lonzas, A Coruña:

Inspectora Valentina Negro: adscrita a la Policía judicial en el CNP. Adquirió notoriedad por cazar al asesino en serie apodado el Artista.

Inspector jefe Iturriaga: jefe de la Policía judicial.

Subinspector Manuel Velasco: subordinado de Valentina Negro y amigo.

Subinspector Fernández Bodelón: subordinado de Valentina Negro y amigo.

Inspector jefe Antón Louro: jefe de los GOES.

Oficial Germán Romero: técnico informático perteneciente a la Brigada de Investigación Tecnológica.

Comisario principal Enrique Montiel: jefe superior de Policía de Galicia.

En la comisaría de Ponferrada:

Subinspectora Alana Ovejero: adscrita a la Policía judicial. Pasó varios años destinada en Madrid.

Oficial Antonio Regueiro: subordinado de Ovejero.

En la Jefatura Superior de Policía de Madrid:

Oficial Diego Aracil: adscrito a la Brigada de Patrimonio Histórico.

En Edimburgo:

Inspector Hugh Macfarlain: policía adscrito a la Brigada de Desaparecidos.

En la Jefatura Superior de Policía de Valencia:

Rafael Luque: jefe de la Brigada de Homicidios, amigo de Sanjuán.

Civiles

En Valencia:

Javier Sanjuán: criminólogo y profesor universitario valenciano. Colaborador asiduo con la Policía para ayudar en la resolución de crímenes.

Félix Panticosa: periodista e investigador del misterio. Amigo de Javier Sanjuán.

Verónica Carsí: novia de Panticosa.

Adolfo Sastre: conocido exportador de muebles, amigo de Félix Panticosa.

En A Coruña:

Lúa Castro: periodista en la *Gaceta de Galicia*.

Jordi *el Gafapasta*: periodista deportivo, pareja de Lúa Castro.

Manolo Castro: padre de Lúa Castro y policía jubilado.

Alejandro Villalobos: teniente de alcalde y concejal de Seguridad Ciudadana en el Ayuntamiento de A Coruña.

Clementius van Berden: ex ladrón de arte, pintor y falsificador, ahora retirado. Ventrílocuo. Vive con su loro.

Mateo Caravaca: psicólogo. Ex policía.

Xosé García: patólogo en el Complejo Hospitalario Universitario A Coruña.

Marcos Albelo: violador serial de adolescentes, apodado *el Peluquero*.

Eusebio Brandáriz: abogado de Marcos Albelo.

Richie Domingo: director de una agencia de modelos y regente de un local de intercambios llamado Te amo y te comparto.

Milagros La Puente: madre de Richie Domingo.

Victoria Álvarez: aspirante a modelo y actriz, y estudiante universitaria.

Francisco Álvarez: padre de Victoria.

Belén Egea: mujer desaparecida en extrañas circunstancias años atrás.

Enrique Negro: padre de Valentina Negro.

Freddy Negro: hermano de Valentina Negro.

Tonecho: dueño del restaurante Casa Saqués y amigo de Valentina y Sanjuán.

Anabel Díaz: abogada de Valentina Negro.

En Madrid:

Gerardo Trashorras: director de la revista *Planeta Misterio*.

Borrell: ladrón de guante blanco.

Martino: hijo de un amigo de Clementius van Berden.

Juan Antonio Espinosa: antiguo ladrón de bancos.

Encina Yebra: estudiante universitaria desaparecida en Ponferrada.

En Edimburgo:

Patty Jones: amiga de Hugh Macfarlain. Madre de...

Catriona Stevenson: una joven desaparecida en extrañas circunstancias.

Andy Roster: dueño del *pub* Conan Doyle y amigo del inspector Macfarlain.

Gerald Mortimer: empresario escocés. Sospechoso de proxenetismo.

En el Palacio de la Oscuridad:

El hombre de la máscara de espejos.

Cancerbero: sicario y asesino profesional.

Eugenio Valverde: banquero madrileño, coleccionista de arte.

Matthias Schreder: industrial alemán.

Lukas Almaraz: millonario suizo.

En Italia:

Guido Barone: *vicecapo* de la Policía de Roma.

Rosalía d'Agostino: agente de la Interpol.

En Jávea, Alicante:

Juan Planelles: dueño del restaurante y bodega La Trastienda.

José Martínez Espasa y Eva Gadea: policías locales y amigos de Sanjuán y Valentina.

PRÓLOGO

Te estaré mirando

*Un hombre en la calle
vigila tus pasos,
respira tu aliento
y palpa el temblor
desnudo del agua
y el miedo en tus ojos.*

JAVIER MAYORAL SÁNCHEZ,
Si por azar

PRIMERA PARTE

Las trompetas del ángel

*Viernes, 22 de marzo de 2013
A Coruña, colegio de las Madres Franciscanas,
en la zona de A Zapateira*

Andrea salió de su escondrijo detrás del enorme hórreo de piedra, caminó hasta la verja y movió con cuidado la puerta. Apenas miró hacia atrás, temerosa de que alguna profesora o incluso la portera del colegio estuviese mirando en aquel justo momento. Con rapidez, casi con pánico a que su huida fuese descubierta y sin atreverse a cerrar la verja, corrió unos metros camino abajo, apretando los libros contra su abrigo azul marino. Jadeando, se dio la vuelta con excitación y constató que nadie la había visto, así que se subió la falda de tablas hasta dejar a la vista los calcetines largos y reanudó su camino hacia el Campus de Elviña. Había quedado con dos amigas, mayores que ella, que le iban a presentar a un chico que estudiaba primero de Derecho. Era víspera de Semana Santa y prefería tomarse unas cervezas y fumarse unos porros con ellas y otros chicos antes que tener que tragarse todas las misas y celebraciones tediosas que rodeaban siempre las vísperas de la crucifixión de Jesús. Andrea creía en Dios, sí, pero estaba segura de que a Él no le importaría que se saltase un par de obras de teatro insufribles y luego la misa de todos los años, con la asistencia de los padres de las más pequeñas, y la

pelea por los canapés y los vinos baratos de después en el pabellón de deportes.

Siguió caminando un buen rato por la calle Castro de Elviña hasta divisar el Campus. El sol le picaba cuando salía entre las nubes y le hacía entrecerrar los ojos. Se revolvió, incómoda, dentro del abrigo de lana con cuello de terciopelo. Al fondo, el cielo perlado de nubes blancas como sábanas recién tendidas enmarcaba una hermosa vista de toda la ciudad de A Coruña, que contrastaba con el azul marino, muy oscuro, del océano en calma. Miró el reloj: llegaba tarde, sus amigas debían de estar ya en la cafetería. ¿Sería mejor esperar el autobús? La parada no estaba lejos, así que sacó el móvil y consultó los horarios de paso. No tardaría más de diez minutos... Sopesó lo que podía tardar andando y se decidió a esperar sentada en la marquesina. Andrea, sofocada por el calor, se quitó el abrigo del uniforme y lo dejó a un lado del asiento, doblado sobre los libros.

El sol del mediodía acariciaba el cabello castaño claro de aquella adolescente solitaria, de piernas cruzadas y calcetines azules, que esperaba en la parada del bus. Miraba su móvil con plena atención, y cada rato levantaba la cabeza aguardando su destino con impaciencia, movía el pie calzado con zapatos castellanos de color granate.

El primer aviso siempre es en el sacro, en la base del sacro. Una punzada dolorosa y suave que se concentra como una quemadura de cigarrillo. Luego sube, se expande a través de los nervios, hasta nublar durante un segundo la vista. Un segundo solamente, y todo su ser entiende que ha llegado el momento, su pequeño y feo monstruo abrirá sus fauces y él no podrá ni querrá detenerlo.

Las manos enguantadas tiemblan en el volante, se aferran, ansiedad que dura unos instantes mientras aparca su BMW todoterreno blanco, muy cerca de la parada, a la salida de una curva. Abre la guantera y saca con cuidado una bolsa de plástico que contiene dentro un papel y un pañuelo. Mira su propio

rostro en el espejo del coche, y el espejo le devuelve una sonrisa de dientes perfectos y unos ojos honestos detrás de las gafas de pasta azul. Detrás, en el maletero, dispone de todo lo necesario.

Domingo, 24 de marzo de 2013
Zona de San Pedro de Visma

—No voy a tirarme a ninguna, joder, tío, no seas mosca cojonera... Estoy muy enamorado de Maite —dijo Luis.

La voz arrastrada de alcohol sonrió con picardía.

—Es la tradición. Te casas mañana, macho. Tienes que follar por última vez... —Raúl soltó una carcajada mientras le golpeaba el hombro cariñosamente.

Luis movió la cabeza, un poco harto ya de la insistencia de sus colegas, especialmente el pesado de Raúl, que encendía un Camel mientras lo miraba de reojo con burla.

—Pienso hartarme de follar con mi mujer, entérate de una vez. Y si la tuya no quiere follar contigo no es mi pro...

Los demás asistentes a la despedida de soltero empezaron a silbar y a soplar los silbatos y matasuegras para cortar la discusión. Estaban bastante achispados, la muñeca hinchable pasaba de mano en mano provocando gran jolgorio mientras se acercaban en fila al prostíbulo Glamour, un enorme chalet perdido en la carretera, todos pendientes de que ningún coche los atropellase.

Raúl, que había tomado el mando del grupo, sacó del bolsillo una petaca y bebió un largo trago de whisky. Luego se detuvo, justo en el aparcamiento del chalet y levantó los brazos.

—Hemos llegado, amigos. Ahí dentro nos esperan las huríes dueñas del placer más refinado... Os guiaré como Orfeo en los infiernos a través del reino de Hades... —Avanzó unos metros con gestos teatrales.

El grupo volvió a alborotarse y a lanzar al aire la muñeca hinchable. Uno de los asistentes protestó:

—Habla normal, tío. ¿Qué hostia son las huríes? Se nota que tienes estudios, Raúl.

Raúl no contestó. Estaba mirando un bulto un poco más adelante de los dos solitarios coches que había en el parking del prostíbulo.

—¿Qué cojo...? —Se acercó despacio. El bulto, al aproximarse, se convirtió poco a poco en una forma humana que permanecía totalmente inmóvil, encogida. Raúl intentó despejar las brumas del alcohol y descifrar lo que estaba viendo, iluminado apenas por la farola solitaria que alumbraba el aparcamiento.

Una mujer. Vestida con una minifalda de plástico rojo muy escueta, medias negras de rejilla y un corsé también de plástico que ceñía su cuerpo de forma torpe. El pelo trasquilado le daba un aspecto extraño. Los zapatos de tacón se le habían desprendido de los pies. Una señal de alarma palpitó en la mente de Raúl, que soltó la petaca y corrió hacia el cuerpo. Le dio la vuelta por completo, poniéndola boca arriba y se dio cuenta de que parecía una niña maquillada como una prostituta barata. Y también de que parecía muerta.

—¡Joder! ¡Llamad a una ambulancia, daos prisa...! —Acercó la cabeza al pecho pero no pudo escuchar nada. Luego buscó el pulso en la carótida y notó el leve golpeteo de un corazón muy débil.

»¡Venga, joder, una ambulancia! ¿Es que estáis sordos?

Lunes, 25 de marzo de 2013

A Coruña, Hospital Materno Infantil

04:30

La inspectora de la Policía Nacional, Valentina Negro, miró con angustia el pecho de Andrea Mella, que subía y bajaba pausadamente al compás del respirador. De pronto, la joven sufrió una serie de convulsiones que sacudieron su cuerpo,

que permanecía sujeto a la camilla. Las mejillas de Valentina se encendieron hasta casi quemarse. Apretó con fuerza los puños y clavó las uñas en las palmas de las manos, para que el dolor mitigase la ira que amenazaba con poseerla entera, y su mirada adquirió un tono severo que oscureció sus facciones delicadas. Los padres de Andrea sollozaban cerca, abrazados en la puerta de la UCI infantil, los hombros sacudidos por momentáneas ráfagas de dolor, mientras la doctora intentaba calmarlos de alguna forma.

«Solo tiene quince años, pedazo de cabrón», dijo para sí la inspectora.

Era la tercera víctima del «Peluquero» en tan solo dos meses, todas ellas adolescentes que estudiaban en colegios privados. Los policías le llamaban el Peluquero porque les cortaba la melena hasta dejarlas trasquiladas por completo. Las secuestraba en pleno día y las mantenía ocultas en algún lugar, donde las violaba y golpeaba repetidas veces. Luego, al cabo de cuarenta y ocho horas, las liberaba en las cercanías de alguna casa de citas aislada, vestidas y pintadas como si fuesen prostitutas. Permanecían todo el tiempo drogadas a base de alcaloides para lograr su completa sumisión, y al recuperar la consciencia, no recordaban casi nada de lo ocurrido. Pero las secuelas físicas eran graves, y las cerebrales aún estaban por determinar. Los especialistas temían que las sobredosis de alcaloides mezclados con otras sustancias pudieran dejar daños permanentes en aquellas niñas.

Valentina le hizo una seña a la doctora y las dos se retiraron a un aparte para no ser oídas por los padres de Andrea.

—¿Cómo está? Las otras dos chicas no estuvieron tanto tiempo en coma...

La doctora Iglesias hizo un gesto indefinido mientras negaba con la cabeza.

—Muy drogada, en pleno síndrome anticolinérgico. Estamos esperando los resultados definitivos del laboratorio, en principio parece que le administraron las mismas sustancias que encontramos en las otras dos chicas en muy pequeñas

dosis, pero esta vez quizás utilizó una dosis algo mayor. Ha sufrido una intoxicación muy grave... Está deshidratada, tiene contusiones y mordeduras por todo el cuerpo... —La doctora hizo una breve pausa y miró hacia la figura inerte de Andrea—. Sin embargo, creo que el pronóstico será bueno, como en los otros casos. Por lo general con la medicación los síntomas suelen ir remitiendo poco a poco. Habrá que esperar unas horas más. En cuanto tengamos los resultados de la analítica la llamaré. Sé que es difícil, pero necesitamos tiempo, la escopolamina se excreta por la orina muy fácilmente y es complicada de detectar. Las otras sustancias permanecen más tiempo en el organismo. Un poco de paciencia...

Pero Valentina Negro, en aquella etapa de su vida, no tenía paciencia. Miró de nuevo hacia la niña, sintió como suyo el dolor de los padres, como un martillo viejo en su pecho, y salió de la UCI a grandes zancadas, presa de una impotencia que amenazaba con ahogarla. Conocía de primera mano los efectos de aquel tipo de sustancias y eso la espoleaba todavía más: el hombre que era capaz de secuestrar y violar a aquellas niñas podía acabar matando a alguna adolescente con una sobredosis. Y lo que era peor, descubrir que matar le gustaba más que dejarlas vivas.

Valentina se obligó a centrar sus prioridades. Los de toxicología estaban en camino. Ya le habían informado de que la primera de las niñas secuestradas, Teresa, poco a poco empezaba a recordar retazos, imágenes brumosas del secuestro, pero los psicólogos desaconsejaban el interrogatorio policial. Miró su reloj: eran casi las cinco de la madrugada. No pensaba dormir ni una hora. Solo el tiempo de darse una ducha, tomar un café solo y buscar la manera de poder hablar con aquella chica. El tiempo apremiaba. Hizo un gesto al subinspector Bodelón, que apretaba en su mano un vaso de plástico con restos de café, y ambos se perdieron en los laberínticos pasillos del hospital infantil, buscando un ascensor.

—Imposible. No, inspectora. La cría está aún en estado de *shock*. Ni debería preguntármelo siquiera.

Valentina Negro clavó sus ojos grises en el pequeño logo de marca que adornaba la chaqueta de diseño italiano de la psicóloga, y luego reprimió un suspiro de hastío. La voz de profesionalidad impostada de aquella mujer la crispaba. «La cría.» Acercó la fotografía de colegio de Andrea Mella a través de la mesa de cristal. Luego acercó otra fotografía de Andrea, tirada en el p arking del prostíbulo. Las puso delante de las facciones frías, inmóviles de la especialista.

—Quince años. Tiene quince años. Ha sido violada durante dos días, convertida en la esclava de un hijo de puta que la ha drogado, violado, golpeado, le ha cortado el pelo y ha estado a punto de matarla de una sobredosis. No sabemos todo lo que les hace en realidad. —La inspectora hizo un silencio calculado y prosiguió—: Ya son tres las niñas secuestradas. Y no me cabe la menor duda de que pronto serán más. Necesitamos saber, cualquier tipo de información puede ser crucial para coger a ese tipo.

—Y usted también debe saber que Teresa es una víctima. Y como tal mi deber es protegerla de todo lo que la pueda dañar en este momento.

—Hablar  con los padres —la ret .

—Los padres est n de acuerdo conmigo. Teresa empieza ahora a recordar alguna cosa, es cierto, pero si usted tiene algún conocimiento sobre los efectos de ese tipo de alcaloides en la mente, ha de saber que cualquier información que nos proporcione puede ser fruto de un «viaje», de las alucinaciones que sufrió mientras permanecía bajo los efectos de la droga, que contiene escopolamina. Y también hemos encontrado restos de Rohipnol. El cóctel de la violación y el robo. Comprenderá que...

Valentina la interrumpió. Conocía muy bien los efectos de la escopolamina.

—Se sabe de algunas personas que han recordado parte de la experiencia real algún tiempo después. Mire... —la inspectora aspir  hondo y buscó de alguna forma sonar conciliado-

ra—, entiendo a la perfección que es una niña, que ha pasado por una experiencia muy traumática. Pero en este momento lo importante es cazar al desalmado que está haciendo esta monstruosidad. Y la única información de primera mano es la que podamos sacar de las víctimas.

La psicóloga la miró con cierta compasión. O comprensión quizá. Valentina se sintió humillada en cierto modo, como policía y como persona.

—Inspectora, la respuesta es un contundente «no». Lo importante es proteger a la niña. Lo desaconsejo por ahora. Quizá más adelante los padres accedan, no digo que no.

Los ojos grises de Valentina adquirieron un tono plomizo durante un leve momento.

—Quizá más adelante ya no importe. Quizá dentro de un par de semanas, o un mes, tenga a otra niña más a la que proteger de mí, en vez de protegerla de ese cabrón. —La voz seca de la inspectora cortó la conversación de cuajo. Se levantó y salió del despacho lleno de diplomas dando un portazo, sin importarle la mirada de reproche de una mujer mayor con bata blanca que avanzaba por el pasillo con un archivador apretado entre los brazos.

Martes, 26 de marzo de 2013

Comisaría de Lonzas

Laboratorio de la Policía científica

—Aislar la escopolamina es muy complicado si no se tienen los instrumentos adecuados. No hace falta un gran laboratorio, pero sí un buen instrumental... —Víctor Álamo, el joven químico de la Científica se apartó de la mesa blanca y señaló un aparato de vidrio—: Un extractor Soxhlet. Y conocimientos de química, eso téngalo por seguro. Éter para macerar la planta..., filtrarlo en un kitasato...; bien, no le voy a aburrir con el proceso de extracción, inspectora.

Valentina negó con la cabeza y le hizo una seña para que prosiguiera.

—No, no me aburres. Me interesa.

Álamo era un hombre extraño, aún joven, pero con las gafas pasadas de moda y el pelo prematuramente canoso aparentaba diez años más de los treinta y pocos que en realidad tenía. Siguió, halagado por captar el interés de la inspectora.

—Luego habría que purificarla; la planta «trompeta del ángel», como la llaman en Estados Unidos por la forma acampanada de sus flores, contiene más alcaloides, como la atropina, y para extraer la escopolamina y dejar el resto nuestro amigo tiene que realizar aún otro proceso distinto. Ahí sí que hace falta cierta sofisticación para conseguir un buen trabajo, así que no me extrañaría que el Peluquero tenga acceso a algún laboratorio químico, o bien él mismo tiene conocimientos y material para obtenerla. De todos modos, esa cantidad tiene que haber afectado mucho a esas niñas, especialmente después de haber mezclado la droga con Rohipnol y éxtasis durante dos días. ¿Cómo están?

—No me han permitido verlas. Dicen que se están recuperando de forma satisfactoria... —Cambió de tema con rapidez—. ¿Tú qué crees entonces? ¿El Peluquero puede ser un químico...?

Álamo asintió.

—Un farmacéutico, un químico, sí, como el profesor de *Breaking Bad*. —Sonrió su propia broma—. O las dos cosas. Incluso un médico... no sé. Un médico podría sedarlas con cualquier otra droga; el Rohipnol y el éxtasis que aparecen en las analíticas tampoco son difíciles de conseguir... —suspiró con cierta resignación—. Hoy en día todo está en Internet. No sería extraño que estuviese también traficando.

—Imagino que la preparación de la droga forma parte de su ritual, se excita pensando lo hábil que es en muchos aspectos, en cómo se acercará a su víctima, en cómo la abordará... —Valentina comenzó a analizar de forma casi inconsciente la información que le estaba ofreciendo su compañero.

Álamo interrumpió las elucubraciones de la inspectora.

—La trompeta del ángel es una planta muy común y muy bella, adorna muchos jardines en A Coruña, incluso la puede encontrar en lugares públicos, como los Jardines de Méndez Núñez. La gente no sabe que son muy tóxicas, utilizadas por los chamanes para lograr cierto tipo de alucinaciones muy concretas. No tiene que esperar para recolectar..., simplemente, con ir de noche a algún jardín privado o público se puede hacer con un buen cargamento.

Valentina asintió.

—¿Qué piensas? ¿Las roba en los parques? ¿Se podría dar el caso de que estuviese cultivando él mismo la planta en su casa?

—Si tiene conocimientos, puede elaborarla él mismo. Son plantas muy agradecidas, fáciles de cultivar. Y despiden un aroma fascinante, sobre todo al caer la noche. —La enigmática sonrisa del policía incomodó a Valentina de una forma extraña—. De ella se extrae lo que se conoce como «droga del amor», la droga que deja a las personas a total merced y sometimiento del que la administra.